

Llegó acaso á verme, ¡ay, cielos!
 ¿Cómo permitís, tiranos,
 Que un afecto tan preciso
 Se forjase de un acaso?
 Don Carlos de Olmedo, un joven
 Forastero, mas tan claro
 Por su origen, que en cualquiera
 Lugar, que llegue á hospedarlo,
 Podrá no ser conocido
 Pero no ser ignorado.
 Aquí, que me des te pido
 Licencia para pintarlo,
 Por disculpar mis errores,
 O divertir mis cuidados,
 O porque al ver de mi amor
 Los extremos temerarios,
 No te admire, que el que fué
 Tanto, mereciera tanto.
 Era tu rostro un enigma
 Compuesto de dos contrarios.
 Que eran: Valor y Hermosura,
 Tan felizmente hermanados,
 Que faltándole á lo hermoso
 La parte de afeminado,
 Hallaba lo más perfecto
 En lo que estaba más falto;
 Porque ajando las facciones
 Con un varonil desgarro,
 No consintió á la hermosura
 Tener imperio asentado:
 Tan remoto á la noticia,
 Tan ageno del reparo,
 Que aun no le debió lo bello
 La atención de despreciarlo:
 Que como en un hombre está

Lo hermoso como sobrado,
 Es bueno para tenerlo.
 Era el talle como suyo,
 Que aquel talle y aquel garbo,
 Aunque la naturaleza
 A otro dispusiera darlo,
 Sólo le asentara bien
 Al espíritu de Carlos;
 Que fué de su providencia
 Esmero bien acertado,
 Dar un cuerpo tan gentil
 A espíritu tan gallardo.
 Gozaba un entendimiento
 Tan sutil, tan elevado,
 Que la edad de lo entendido
 Era un mentís de sus años.
 Alma de estas perfecciones
 Era el gentil desenfado
 De un despejo tan airoso,
 Un gusto tan cortesano,
 Un recato tan amable,
 Un tan atractivo agrado,
 Que en el más bajo descuido
 Se hallaba el primor más alto,
 Tan humilde en los afectos
 Tan tierno en los agasajos,
 Tan fino en las persuaciones,
 Tan apacible en el trato,
 Y en todo, en fin, tan perfecto,
 Que óstentaba cortesano
 Despojos de lo rendido,
 Por galas de lo alentado.
 En los desdenes sufrido,
 En los favores callado,
 En los peligros resuelto.

Y prudente en los acasos.
 Mira, si con estas prendas,
 Con otras más, que te callo,
 Quedaría en la más cuerda
 Defensa para el recato.
 En fin, yo le amé, no quiero
 Cansar tu atención, contando
 De mi temerario empeño
 La historia caso por caso;
 Pues tu discreción no ignora
 De empeños enamorados,
 Que es tu ordinario principio
 Desasosiego, y cuidado,
 Su medio, lances y riesgos,
 Su fin, tragedias ó agravios.
 Creció el amor en los dos
 Recíproco, y deseando,
 Que nuestra feliz unión
 Lograda en tálamo casto
 Confirmase de himeneo
 El indisoluble lazo:
 Y porque acaso mi padre,
 Que ya para darme estado
 Andaba, entre mis amantes
 Los méritos regulando
 Atento á otras conveniencias;
 No nos fuese de embarazo,
 Dispusimos esta noche
 La fuga, y atropellando
 El cariño de mi padre,
 Y de mi honor el recato,
 Salí á la calle, y apenas
 Daba los primeros paños,
 Entre cobardes recelos
 De mi desdicha, fiando

La una mano á las basquiñas,
 Y á mi manto la otra mano,
 Cuando á nosotras resueltos
 Llegaron dos embozados:
 ¿Qué gente? dicen, y yo
 Con el aliento turbado
 Sin reparar lo que hacía
 (Porque suele en tales casos
 Hacer publicar secretos
 El cuidado de guardarlos)
 ¡Ay Carlos! Perdidos somos,
 Dije, y apenas tocaron
 Mis voces á sus oídos,
 Cuando los dos arrancando
 Los aceros, dijo el uno:
 Matadlo, D. Juan, matadlo
 Que esa tirana, que lleva,
 Es doña Leonor de Castro
 Mi orima: sacó mi amante
 El acero, y alentado
 Apenas con una punta
 Llegó al pecho del contrario,
 Cuando diciendo: ¡ay de mí!
 Dió en tierra, y viendo el fracaso,
 Dió voces el compañero,
 A cuyo estruendo llegaron
 Algunos; y aunque pudiera
 La fuga salvar á Carlos,
 Por no dejarme en el riesgo,
 Se detuvo temerario,
 De modo, que la justicia,
 Que acaso andaba rondando,
 Llegó á nosotros; y aunque
 Segunda vez obstinado
 Intentaba defenderse,

Persuadido de mi llanto,
Rindió la espada á mi ruego,
Mucho más, que á sus contrarios.
Prendieronle, en fin, y á mí,
Como á ocasión del estrago,
Viendo, que el que queda muerto
Era D. Diego de Castro
Mi primo, en tu noble casa,
Señora, depositaron
Mi persona y mis desdichas,
Donde en un punto me hallo
Sin crédito, sin honor,
Sin consuelo, sin descanso,
Sin aliento, sin alivio,
Y finalmente esperando
La ejecución de mi muerte
En la sentencia de Carlos.

D. AN. ¡Cielos, qué es esto que escucho!
Al mismo que yo idolatro, *Ap.*
Es el que quiere Leonor.
¡Oh! Qué presto que ha vengado
Amor á D. Juan. ¡Ay triste!
Señora, vuestros cuidados
Siento, como es justo. Celia,
Lleva esta dama á mi cuarto,
Mientras yo á mi hermano espero.

CEL. Venid, señora,

LEON. Tus pasos
Sigo ¡ay de mí! pues es fuerza
Obedecer á los hados.

(*Vanse Celia, y doña Leonor*)

D. AN. Si de Carlos la gala, y bizarria
Pudo por si mover á mi cuidado:
¿Cómo parecerá, siendo envidiado,
Lo que sólo por sí bien parecía?
Si sin triunfo rendirle pretendía,
Sabiendo ya, que vive enamorado,
¿Qué victoria será verle apartado
De quien antes por suyo le tenía?
Pues perdone D. Juan que aunque yo quiera
Pagar su amor, que á olvido ya condeno,
¿Cómo podrá, si ya en mi pena fiera
Introducen los celos su veneno?
Que es Carlos más galán, y aunque no fuera
Tiene de más galán el ser ageno.

Sale D. Carlos con la espada desnuda, y Castaño

CAR. Señora, si en vuestro amparo
Hallan piedad las desdichas
Lograd el triunfo mayor,
Siendo amparo de las mías.
Siguiendo viene mis pasos
No menos, que la justicia,
Y como huir de ella es
Generosa cobardía,
Al asilo de esos piés
Mi acosado aliento aspira
Aunque si ya perdí el alma,
Poco me importa la vida.

CAST. A mí sí me importa mucho,
Y así, señora, os suplica
Mi miedo, que me escondáis
Debajo de las basquiñas.

CAR. Calla necio.

CAST. Pues será
La primera vez, si lo miras,

Esta, que los sacristanes
 A los delincuentes libran?
 D. AN. ¡Carlos es, válgame el cielo!
 La oc sión á la medida
 Del deseo se me viene
 De obligar con bizzarrías
 Su amor, sin hacer ultraje
 A mi presunción altiva:
 Pues amparándole aquí
 Con generosas caricias,
 Cubriré lo enamorada
 Con visos de compasiva:
 Y sin ajar la altivez,
 Que en mi decoro es precisa,
 Podré, sin rendirme yo,
 Obligarle á que se rinda;
 Que aunque sé que ama á Leonor,
 ¿Qué voluntad hay tan fina
 En los hombres, que si ven,
 Que otra ocasión les convida,
 La dejen por la que quieren?
 Pues alto, amor, ¿qué vacilas
 Si de que puede mudarse
 Tengo el ejemplo en mí misma?
 Caballero, las desgracias
 Suelen del valor ser hijas,
 Y cebo de las piedades,
 Y así, si las vuestras libran
 En mi alivio, cobrad
 La respiración perdida,
 Y en esta cuadra, que cae
 A un jardín, entrad aprisa,
 Antes que venga un hermano
 Que tengo, y con la malicia
 De veros conmigo solo

Otro riesgo os aperciba.
 CAR. No quisiera yo, señora,
 Que el amparo de mi vida
 A vos os costara un susto.
 CAST. ¿Ahora en eso miras?
 Cuerpo de quien me parió.
 D. AN. Nada á mi me desanima,
 Venid, que aquí hay una pieza,
 Que nunca mi hermano pisa,
 Por ser en la que se guardan
 Alhajas, que en las visitas
 De cumplimiento me sírven,
 Como son alfombras, sillas,
 Y otras cosas; y además
 De eso, tiene salida
 A un jardín, por si algo hubiera
 Y porque nada os aflija
 Venid y os lo mostraré;
 Pero antes será precisa
 Diligencia, el que yo cierre
 La puerta, porque advertida
 Salga en llamando mi hermano.
 CAST. Señor, qué casa tan rica,
 ¿Y qué dama tan bizarra,
 No hubieras (pese á mis tripas
 Que claro es que ha de pesarles,
 Pues te han de quedar vacías)
 Enamorado tú á esta
 Y no á aquella pobrecita
 De Leonor, cuyo caudal
 Son cuatro bachillerías?
 CAR. Vive Dios, villano.
 D. AN. Vamos.
 Amor, pues que tú me brindas *Ap.*
 Con la dicha, no ie niegues

Después el logro á la dicha. *Vánse*

Salen D. Rodrigo y Hernando

D. ROD. ¿Qué me dices Hernando?

HER. Lo que pasa,
Que mi señora se salió de casa.

D. ROD. ¿Y con quién no has sabido?

HER. ¿Cómo puedo
Si, como sabes tú, todo Toledo,
Y cuantos á él llegaban,
Su belleza é ingenio celebraban?
Con lo cual conocerse no podía,
Cual festejo era amor, cual cortesía,
En que no sé, si tú culpado has sido,
Pues festejarla tanto has permitido,
Sin advertir, que aunque era recatada,
Es fuerte la ocasión, y el verse amada,
Y que es fácil, que amante é importuno,
Entre los otros le agradase alguno.

D. ROD. Hernando, no me apures la paciencia,
Que este ya no es tiempo de advertencia.
¡Oh, fiera! ¿Quién diría
De aquella mesurada hipocresía,
De aquel punto y recato que mostraba,
Que liviandad tan grande se encerraba
En su pecho alevoso?
¡Oh, mujeres! ¡Oh, mónstruo venenoso!
¿Quién en vosotras fia,
Si con igual locura y osadía,
Con la misma medida
Se pierde la ignorante y la entendida?
Pensaba yo, hija vil, que tu belleza,
Por la incomodidad de mi pobreza,
Con tu ingenio sería

Lo que más alto dote te daría,
Y ahora en lo que has hecho,
Conozco, que es más daño que provecho;
Pues el ser conocida y celebrada,
Y por nuevo milagro testejada,
Me sirve, hecha la cuenta,
Sólo de que se sepa más tu afrenta.
Pero, ¿cómo á la queja se abalanza
Primero mi valor, que á la venganza?
Pero, ¿cómo ¡ay de mí! si en lo que lloro
La afrenta sé, y al agresor ignoro?
Y así ofendido, sin saber, me quedo,
Ni cómo, ni de quién, vengarme puedo.

HER. Señor, aunque no sé con evidencia,
Quien pudo de Leonor causar la ausencia,
Por el rumor, que había
De los muchos reflejos que le hacía,
Tengo por caso llano,
Que la llevó D. Pedro de Arellano.

D. ROD. Pues si D. Pedro fuera,
Dí, ¿qué dificultad hallar pudiera
En que yo por mujer se la entregara,
Sin que tan grande afrenta me causara?

HER. Señor como eran tantos los que amaban
A Leonor, y su mano deseaban,
Y á tí te la han pedido,
Temería no ser el elegido:
Que todo enamorado es temeroso,
Y nunca juzga, que será el dichoso;
Y aunque usando tal medio,
Le alabo yo el temor, y no el remedio,
Sin duda por quitar la contingencia,
Se quiso asegurar la ausencia;
Y así, señor, si tomas mi consejo,
Tú estás cansado y viejo,